

RESEÑA DE LIBROS

RAGNAR NURKSE: *Problems of capital formation in underdeveloped countries*. Ed. Basil Blackwell. Oxford, 1953, 163 págs.

Fiel a los problemas de su tiempo, Ragnar Nurkse ha recogido, en sus actividades recientes, la gran preocupación material de nuestros días: el desarrollo económico de los países atrasados. En el curso de 1951 pronunciaba en el Instituto Brasileño de Economía, dirigido por Eugenio Gudín, una serie de conferencias sobre la materia, más tarde ampliadas, en la Sociedad de Economía Política del Cairo, en abril de 1952. De estas lecciones fueron fruto sus trabajos publicados en la *Revista Brasileira de Economia* (diciembre de 1951), la comunicación presentada a la reunión de la American Economic Association, celebrada en Boston en diciembre de 1951¹, y, finalmente, el libro que nos ocupa.

Un fin modesto le da su autor: «es un intento de utilizar, en pequeña escala, la teoría económica, así como la observación empírica, con el objeto de aclarar algunas condiciones esenciales para el progreso económico... Si estimula la discusión y contribuye al mejor entendimiento de algunos de tales problemas, el propósito del libro se habrá logrado»².

Así, pues, la obra de Nurkse aborda *algunos* problemas del desarrollo económico. ¿Cuáles? El mismo nos contesta en la Introducción (págs. 1-3) bajo el título general del libro. La formación de capital es el tema esencial del atraso económico y, por tanto, ha de ser también el centro de nuestra atención. Urgente afirmación que corre paralela a otra no menos rotunda e importante: «el capital es una condición necesaria pero no suficiente de desarrollo económico; otras muchas causas deben operar en una sociedad que quiera progresar materialmente: cambio de actitudes sociales, de tendencias humanas, de condiciones políticas».

Hay aquí —al abandonar esas perspectivas de la cuestión— una limitación importante que explica la afirmación de Nurkse de concentrarse sobre *algunos* problemas. Estos van a ser los nacidos de la formación del capital.

¹ Publicado en *American Economic Review*, vol. XLII, núm. 2, *Papers and Proceedings*, mayo 1952, bajo el título: «Some international aspects of the problem of economic development», págs. 571 y sigs.

² Prefacio (sin paginar).

Visto qué es lo que va a analizarse, veamos cómo va a analizarse. «El lector no debe esperar ningún tratamiento sistemático de la cuestión, ni relacionado con ningún país en especial» (pág. 1). *La formación del capital debe entenderse como un proceso de crecimiento de los bienes instrumentales de producción distintos de los bienes de consumo directo. No se considera la expresión en su amplio sentido englobando el capital inmaterial. Tampoco se trata del aspecto técnico de la capitalización tomándose la técnica como dato y analizando los problemas económicos que su aplicación plantea a la formación de capital. Por tanto, el libro no es un estudio particular de países atrasados, no es un análisis exhaustivo ni sistemático de los problemas de la formación de capital. Si todo esto no es, veamos lo que sí es.*

• • •

Siete capítulos desgranar su contenido; pueden agruparse —su autor lo declara— según la terminología tan antigua y querida de los economistas: cuestiones que afectan a la *demanda* de capital y aspectos que presenta la *oferta* de capitales. Un capítulo se destina al análisis de los problemas de la *demanda* (I) y los restantes al de la *oferta* (II-VII).

La formación de capital no es enteramente una cuestión de oferta, aunque este sea, sin duda, su cariz más importante» (página 4). Por orden, sin embargo, Nurkse antepone el estudio de la *demanda* de capital a los problemas de la *oferta* dedicándole el capítulo primero, el más extenso de su libro (págs. 4-32). Varios conceptos jalonan su desarrollo: el círculo vicioso de la pobreza, la debilidad de los incentivos a la inversión, la teoría del desarrollo y la idea del crecimiento equilibrado, determinantes de la extensión del mercado, el desarrollo equilibrado y la especialización internacional, cerrándose el capítulo con el estudio del patrón tradicional de la inversión exterior.

Es el contenido de este capítulo en extremo interesante, pues los estudios y, lo que es peor, los planes del desarrollo económico dedicados a la formación de capital, han venido descuidando los obstáculos al crecimiento derivados de la endeblez de la demanda, error en el que un conocedor del pensamiento económico —como lo es Nurkse— no podía caer. Porque es del tronco clásico del que se deriva la teoría sobre el comportamiento de demanda de la inversión contenida en este capítulo. Como ha recordado H. G. Meier³ —basándose en la obra de Myint— las limitaciones nacidas del «círculo vicioso» de la pobreza son la derivación del teorema smithiano que limita la división del trabajo por la

³ Cfs. «The problem of limited economic development», *Economia Internazionale*, vol. VI, núm. 4, noviembre 1953; págs. 396 y sigs.

extensión del mercado, y, al derivar de aquélla el acrecentamiento de la productividad, el desarrollo material. Recogiendo esta idea, Allyn Young dió una nueva versión de la misma respecto de la aplicación del capital: «en el uso de la maquinaria y en la adopción de procedimientos indirectos hay otra división del trabajo, las economías (derivadas del aumento de productividad) están de nuevo limitadas por la extensión del mercado»⁴. Así, pues, como el logro de rendimientos crecientes requiere procedimientos indirectos de producción, se comprende que la expansión del mercado sea requisito indispensable para el progreso material, siendo, por tanto, obvio que: «la tendencia a invertir está limitada por la extensión del mercado». ¿Qué significa extensión del mercado? Es claro que la extensión del mercado de la que aquí se trata no es la del espacio físico ni la capacidad adquisitiva expresada en términos monetarios, sino de la capacidad de compra de un mercado expresada en términos reales. He aquí el objeto siguiente del análisis: ¿cómo elevar la capacidad real de compra? Ni la expansión monetaria, ni la extensión física del mercado, ni el aumento de la población son medios eficaces. El determinante fundamental de la misma es la productividad, la que a su vez está condicionada por la eficiencia productiva que se determina por la aplicación del capital. El círculo vicioso de nuevo se cierra aquí porque, según se desprende de lo afirmado por Young, la cuantía del capital aplicado al proceso productivo se determina por la extensión del mercado. El problema es aún más complejo de lo apuntado porque, a la indicada baja elasticidad de la demanda para rentas reducidas, se añaden las indivisibilidades técnicas, la necesidad del capital fijo social y la carencia de espíritu de empresa que aprisionan una economía pobre en el dogal de su miseria. Nurkse ha indicado cómo estos tres factores —cuya independencia y actuación fué mostrada al autor por Robert G. Link— explican la conclusión más importante para la economía normativa del desarrollo: el que éste no es espontáneo. Si la gran aportación de J. M. Keynes a la historia del pensamiento económico fué demostrar la posibilidad de equilibrio con subempleo, creo que podría afirmarse que la aportación fundamental de toda la teoría de desarrollo económico —aún floreciente para juzgar su fruto— es la de haber mostrado la situación de equilibrio con atraso material.

¿Cómo romper situación de equilibrio tan indeseable? A tal fin atiende la idea del crecimiento equilibrado derivada del pensamiento clásico y expuesta por Stuart Mill mejor que por ningún otro autor: «Si todo aumento de producción se distribuyese entre las industrias en la proporción dictada por el interés particular, crearía, o más bien constituiría, su propia demanda.» Así, como

⁴ Cfs. «Increasing returns and economic progress», *Economic Journal*, volumen XXXVIII, diciembre 1928; pág. 530.

gráficamente, afirma Nurkse: «El desarrollo equilibrado descansa sobre la necesidad de una dieta equilibrada» (pág. 11). Una sincronizada aplicación del capital es la base de la ruptura del círculo vicioso de la pobreza que, permitiendo la expansión paralela en varias ramas de la vida económica genere la capacidad de compra suficiente al calor de la complementariedad industrial. Los estudios históricos han mostrado cómo ésta fué la naturaleza económica del fenómeno histórico de la revolución industrial interpretado en el correcto sentido que Shadwell⁵ le ha dado, y cuya «forma administrativa» ha sido tan sugestivamente estudiada por Schumpeter⁶. Y es importante —como Nurkse afirma— separar claramente estos dos aspectos de la cuestión: su naturaleza económica y su forma administrativa, porque mientras la primera es consustancial al proceso de desarrollo, la segunda es no sólo accidental, sino probablemente la menos adecuada para su adopción por las sociedades que hoy persiguen el crecimiento material. Siguiendo la terminología propuesta por Hoselitz puede afirmarse que quizá la forma más importante de desarrollo económico para los países atrasados sea la adoptada intrínseca, de la que es un claro ejemplo histórico la evolución de la economía japonesa y tan opuesta a la analizada por J. Schumpeter.

La naturaleza económica del crecimiento equilibrado parece chocar abiertamente con la especialización internacional, al menos en el sentido de la división del trabajo en torno a la pura ventaja comparativa y estática expuesta por los economistas clásicos. ¿Es esta oposición más bien aparente o real? Tal es el punto siguiente del discurso que Nurkse contesta inclinándose por la primera alternativa confiando en la reacción del comercio a la expansión de la renta siguiente al desarrollo⁷ y oteando las perspectivas futuras del Comercio Internacional en torno de una ventaja comparativa oscilante tal como Robertson predijo ya hace tiempo. Parece que aquí debería subrayarse la presencia —quiera sea por ponderar la visión general— de los «efectos destructores» del mercado —en la terminología de Hirschmann—, a corto plazo, que darán lugar a graves desajustes. Las lecciones, cortas temporalmente, pero intensas por sus consecuencias económicas, de los planes de desarrollo de algunos países, justifican el interés que ha de ponerse en el análisis de estos efectos por el volumen de sus consecuencias.

⁵ Cfs. CHIANG: *Agricultura e industrialización*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1951; págs. 96 y sigs.

⁶ Cfs. *Teoría del desenvolvimiento económico*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1944.

⁷ Cfs. A. O. HIRSCHMANN: «Effects of industrialization on the markets of industrial countries», en *The progress of underdeveloped areas*. Ed. por B. F. Hoselitz. University of Chicago Press. 1952; págs. 270 y sigs.

Trazada la línea de la argumentación del crecimiento equilibrado, Nurkse concluye el primer capítulo aplicándola al estudio de la inversión exterior como fuente de desarrollo de los países atrasados. Desde que H. W. Singer publicó su célebre artículo sobre los efectos de la inversión exterior⁸, la condena teórica consagró —cierto es que *a posteriori*— las rabiosas medidas nacionalistas que habían ido, pausada e insistentemente, cercenando la colocación internacional de capitales durante el presente siglo. Nurkse cree que los hechos han de interpretarse correctamente, a lo que no han contribuido las explicaciones avanzadas hasta ahora.

La concentración tradicional en la producción de primeras materias y artículos alimenticios de los ahorros exteriores tiene —sin negar la existencia de posibles «imperialismos»— una explicación obvia: la nacida de la pobreza de los consumidores locales, que fuerza la expansión productiva sobre los mercados más apropiados, individualizando los llamados por Rostow sectores primarios⁹ en aquellas actividades que aprovisionan los centros industriales. Si la tesis de Singer es cierta, es evidente que estas son sus causas. Nurkse corta aquí el análisis, pues no pretende sino explicar en términos económicos un fenómeno histórico, dejando para otro capítulo el estudio de su consecuencia: la crisis del ahorro exterior como fuente de financiación. A este problema pasamos ahora.

El hallazgo de los medios financieros precisos constituye la segunda variable condicionante de la formación de capital. Nurkse ha indicado¹⁰ que «el obstáculo del lado de la demanda no es tan importante ni tan difícil de superar como lo es la deficiencia de la oferta, el primer problema no es más que un punto que requería ciertas aclaraciones». Esta afirmación explica que Nurkse le destine al resto de su obra, salvadas las treinta y una primeras páginas dedicadas al problema de la demanda (págs. 32-157, un 80 por 100, aproximadamente, de su contenido).

La oferta de capital y la población es el título del primer capítulo destinado a esta segunda cuestión. Fijándose en la superpoblación rural característica de los países atrasados, Nurkse ha intentado, ingeniosamente, buscar una nueva fuente de ahorro, ignorada por el análisis económico. Según enseñan los principios de éste, en su versión clásica, la disminución en el consumo es la

⁸ «The distributions of gains between investing and borrowing countries», en *American Economic Review*. Papers and Proceedings, mayo 1950: páginas 473 y sigs.

⁹ «Les tendances de la répartition des ressources en croissance séculaire», en *Bulletin International des sciences sociales*, vol. VI, núm. 2, 1954: páginas 233 y sigs.

¹⁰ Cfs. «Formación de capital y desarrollo económico», en *El Trimestre Económico*, vol. XX, núm. 2, abril-junio de 1953: pág. 292.

única fuente de ahorro, mientras que la versión keynesiana —al admitir por hipótesis la existencia de recursos ociosos— concluye que el ahorro puede elevarse con el crecimiento del consumo y la inversión. Siendo baja —o incluso negativa en muchos casos— la productividad marginal del trabajo en las tareas agrícolas de las áreas atrasadas, fácilmente se comprende que un contingente elevado de la población rural está en situación de «disguised unemployment»; si tal conjunto de población puede ocuparse en procesos de capitalización, sin presión sobre el consumo, se habrá realizado un acto de ahorro peculiar, pues no ha exigido un corte en el consumo corriente, pero tampoco se ha realizado con una elevación del consumo y la inversión. Hasta aquí el diseño teórico del problema; la complejidad de su realización es, sin embargo, notable: la elevación en el consumo de los empleados en la tarea de inversión, el gasto en transporte (ya que con probabilidad la mano de obra no se hallará en el lugar de realización de la inversión), provocarán el mayor consumo general, y en la medida que esto ocurra cercenarán la potencia productora de este ahorro colectivo disfrazado. Por lo que Nurkse cree que más bien debe hablarse de un multiplicador del ahorro total que de un ahorro autónomo, pero que su valor puede y debe realizarse, ventajosamente, en la formación de capital. Añade a esta tesis una aplicación de las áreas superpobladas y «vacías» que cierra el capítulo mostrando cómo en las primeras la industrialización tiene una urgencia mayor que en las segundas, donde, por la inexistencia de superpoblación, pueden conseguirse importantes mejoras a través de la agricultura, que posee, además, la ventaja indudable de requerir menos unidades de capital respecto a la renta.

Las afirmaciones contenidas en el capítulo que nos ocupa son, desde luego, estimulantes, pero, con todo, creo que su argumentación no es fuerte. La realización del ahorro «disfrazado» es de tal dificultad para los endeble medios administrativos que caracterizan a un país atrasado, que no creo merezcan el interés y la importancia con la que Nurkse le destaca. Porque, una de dos: o se respeta la libertad individual y la mano de obra necesaria para la formación de capital se incorpora mediante las retribuciones pertinentes o la incorporación del trabajo se hace gratuitamente, lo que, caso de ser voluntaria, será de escaso interés, y si la libertad se suprime puede ser considerable, pero a un incomparable coste social¹¹.

Por lo apuntado se infiere que los hábitos de consumo y ahorro son variables, de fundamental importancia en cuanto al desarrollo

¹¹ Lo que no significa que la aportación voluntaria, pese a ser de escasa cuantía, deba despreciarse. Es, por el contrario, útil más bien por sus efectos psicológicos que materiales directos sobre el desarrollo. Vid. sobre su interés en el caso particular del Sur de Europa: Nations Unies: *Études sur la situation économique de l'Europe en 1953*, Genève, 1954; pág. 213.

material. Explica tal interés el relieve que Nurkse les concede al dedicar a su estudio el tercer capítulo bajo el epígrafe «El nivel de vida y la capacidad de ahorro». Un camino fácil parece abrirse, para escapar del círculo vicioso de la pobreza que impide el contar con sustanciosos ahorros internos: el apoyo exterior que permita, al conjugarse con el esfuerzo nacional, elevaciones en la renta, único camino plausible para lograr un caudal importante de ahorro que transferir a los procesos de capitalización. Bien. Pero hay aquí eslabones que pueden saltar, y entonces el camino del desarrollo torcerse; es el más importante el del comportamiento del ahorro individual: ¿que variables lo determinan? El comportamiento del consumidor ha sido una preocupación fundamental y constante de la ciencia económica. Nurkse toma, entre las explicaciones teóricas del consumo, la ofrecida por James S. Duesenberry (hoy en el telar de esa fase tan larga y dura que es la Ciencia económica la verificación de una teoría); según es sabido, para Duesenberry es la interrelación social la que determina patrones de consumo que expresan un equilibrio entre gastos, rentas y nivel colectivo de gasto. De esta suerte es la primitiva relación

keynesiana $C = F(Y)$ (en la que $0 < \frac{\Delta C}{\Delta Y} < 1$) añade un elemento de difícil tratamiento: la estratificación social y las interrelaciones del mismo carácter¹². Nurkse pretende aplicar este esquema al campo internacional en las páginas 58-81, que, en mi opinión, son las más brillantes del libro. Tres pilares fundamentan su exposición: la limitación es la base del desarrollo, las diferencias de renta por habitante y su nivel de vida su hecho externo, el conocimiento profundo de estas diferencias el objeto de los medios de propaganda y difusión modernos. La consecuencia es obligada: la ruptura, por imitación, de los hábitos de consumo de los países atrasados para lograr niveles de vida en correspondencia con ajenas rentas. Una incompatibilidad profunda se abre ante la imitación obligada de los métodos de producción —que exige el acrecentamiento del ahorro— y la provocada por el efecto-imitación de los niveles de consumo que cercena el ahorro colectivo.

Es curioso, y desesperante a la vez, comprobar cómo la última confabulación de los tres hechos citados obran en el mundo actual y no han operado en otras etapas históricas, en concreto, en el desarrollo inicial del capitalismo inglés. Nurkse indica (pág. 74) como, de un lado, las diferencias entre las rentas eran menores y menos conocidas, y, de otro, cómo al desarrollarse al calor del movimiento puritano el proceso de industrialización recibió el apoyo de una confabulación poderosa con el objeto de fortificar

¹² J. S. DUSENBERY: *Income, saving and the theory of consumer behavior*. Ed. Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 1952, en especial cap. III, págs. 17 y sigs.

el ahorro¹³ y, de esta suerte, el desarrollo material. Comparando situaciones tendríamos aquí una explicación del fenómeno más característico de los últimos tiempos en el comercio internacional: la escasez de dólares, y del hecho más importante de la «edad feliz»: la no escasez de libras, basado en esta estructura de los hábitos de consumo, y —nótese— en la política comercial inglesa del siglo XIX y en la americana del XX.

Para nuestra hora, otra conclusión puede obtenerse: la posible justificación económica del aislamiento económico, en cuanto medio cooperante, en una política de fomento del ahorro colectivo. Rusia y Japón son dos ejemplos que vienen de la mano para justificar la conclusión.

Nurkse cree, sin embargo, equivocada tal idea: «el aislamiento es incapaz de promover el desarrollo... por sí mismo; más bien fomenta el estancamiento» (pág. 76); son las medidas de ahorro las que ayudan al progreso, que pueden tener lugar con independencia del aislamiento. Pese a esta defensa, sin duda ingeniosa, de Nurkse, es lo cierto que una importante implicación política se contiene —y no se discute— en la argumentación (bien distinta, por cierto, al aislamiento, aunque éste sea una ayuda significativa para la prosperidad del ahorro), la necesidad de un poder central fuerte que imponga los patrones de consumo, habida cuenta de los medios del país para sostenerlos. ¿No estará aquí más bien que en el aislamiento en sí la causa del progreso material de algunas sociedades?

En todo caso, una conclusión importante debe obtenerse de este capítulo: la de evitar un *desviacionismo* en la orientación de la política de desarrollo que todo lo fia a la ayuda exterior sin esfuerzo interno alguno. Sólo en la tensión constante de las fuerzas determinantes del ahorro interior cabe la aplicación —y la crítica— de las fuentes externas de capital. A tal problema dedica Nurkse los capítulos IV y VI.

El análisis de la inversión exterior directa es inevitable en cuanto uno se enfrenta con el problema de las fuentes externas de capital. Su crisis actual fué oficialmente diagnosticada por el Gray Report: «Debe reconocerse con franqueza que la inversión privada no puede esperarse que resuelva el problema financiero del desarrollo» (pág. 63). Una cita concluyente da Nurkse que prueba, al par que la dirección de la inversión, su indeseable contenido para las economías atrasadas: del 78 por 100 que representó la inversión exterior de EE. UU. entre 1947 y 1949 en los países atrasados, el 90 por 100 se encaminó a la producción petrolífera. Se obtiene así una evidente corroboración de la tesis de Singer, a la que, según se dijo, Nurkse encuentra justificada explicación en el comportamiento de la demanda de bienes de inversión, regida por

¹³ Vid. una exposición insuperable de estos hechos en J. M. Keynes: *A tract on monetary reform*. Ed. MacMillan, Londres, 1924; cap. I, págs. 5 y sigs.

el ánimo de lucro y, en consecuencia, vertida sobre la producción de materias primas y productos alimenticios para su suministro a los países adelantados. No hay que acudir, para explicar los hechos, a hablar de «planificación deliberada o presión por parte de los países acreedores industriales; la dirección de la inversión exterior fué dada, naturalmente, por la potencia del mercado» (página 84).

La idea de Nurkse de completar el proceso discursivo de la tesis Singer es, desde luego, acertada en cuanto a su fundamentación teórica, pero incompleta en cuanto a su verificación empírica. Puede admitirse que los sectores en los que la inversión exterior se localizó fueron los permitidos por el mercado, pero un examen riguroso de los hechos no debe quedar aquí, sino explicar, concluyentemente, por qué *a pesar* de haberse efectuado esas inversiones, las economías que las recibieron —si no se entiende, como ya lo expuso Singer, que son las industrialmente avanzadas— no han sufrido el impacto progresivo que acompaña a toda aportación de capital. Este hecho, que encierra un mundo causal importante, puesto que en él se halla la explicación de la crisis actual de esta fuente financiera, ha sido investigado —con gran acierto, en mi opinión— por Meier, que, fijándose en el tipo de organización económica que tradicionalmente acompañó —y que persiste en muchos países— a la inversión directa, ha exhumado una acusación que hasta la fecha sólo se había exhibido como una muestra de la literatura nacionalista apasionada.

Pero si del análisis de los hechos se pasa al de las posibles realidades, cierto es que la solución ha de buscarse en otros caminos mientras el complejo mecanismo de la transferencia internacional de capitales —impuesto por los inversores y por los deudores— no reaccione para recoger las aspiraciones de ambos grupos.

Se pasa así al estudio de la inversión mediata o indirecta. Resulta difícil no estar de acuerdo con la tesis de Nurkse al respecto: la inversión mediata debe tener como objetivo el impulso del desarrollo sobre la base de un esfuerzo de ahorro interno acumulativo con el exterior si no se quiere que degenera tal sistema en una pura ayuda directa para mejorar el aprovisionamiento de bienes de consumo. Tal es la lección que de la experiencia pasada (casos del Japón y China, por ejemplo) y de la reciente («European Recovery Program») cabe obtener.

Pero igual asentimiento que a tal tesis sería conveniente darle a otra: la de la incoherencia de los objetivos perseguidos por la política de inversión exterior indirecta, cuya última explicación —en cuanto ha sido significativa su cuantía— se halla al margen de la pura razón económica. Y si se admite que su justificación es política, uno desearía encontrar el desarrollo de las implicaciones de tal juicio, porque es el caso que un buen puñado de ejemplos (¿hay alguno más significativo que el de España?) acusan la inconsecuencia constante de la misma. Es lástima que Nurkse no trate tal pro-

blema, que conjuntamente con la crisis de la inversión directa marca la actual situación de la inversión exterior, que, atezada entre los resortes del favoritismo político, de un lado, y los desmedidos afanes de lucro y trabas nacionalistas, de otro, amenaza con desaparecer como apoyo solvente del progreso material, arrastrando con su crisis esa bandera de cooperación internacional que con tanta ostentación se exhibe en esta paz-intermedio de la tercera guerra mundial. El estudio de la relación real de intercambio y sus variaciones cierra el capítulo IV. Los documentos de las Naciones Unidas sobre las variaciones de los precios pusieron sobre el tapete de la discusión científica la interpretación adecuada de la variación de la relación real de intercambio. Gran cantidad de escritos han sembrado, desde entonces, sobre el asunto más confusión que claridad. Acertadamente Nurkse esquiva el problema, y admitiendo la posible mejora de la relación real de intercambio, analiza la cuestión de cómo incorporarla al proceso de capitalización. Acertadamente se inclina por la imposición general, condenando los impuestos particulares, a los que han acudido las atormentadas haciendas de muchos países atrasados en estos años ¹⁴.

* * *

El capítulo VI lo consagra Nurkse al estudio de las tendencias actuales sobre los movimientos internacionales de capital. Se trata de un estudio que muestra la habilidad especial del autor para la síntesis, pues en diecinueve páginas para revista da a las tesis clásica y neoclásica, así como al «income approach», sostén teórico actual de los movimientos migratorios de capital.

Como Nurkse afirma, «la teoría económica tiende inevitablemente a caminar con retraso con respecto al curso de los hechos. Pero en el campo de los movimientos internacionales de capital este retardo ha sido inusitadamente largo» (pág. 120). La razón de tal hecho la encuentra Nurkse en la fundamentación clásica del comercio exterior, que exigía la inmovilidad de los factores como hipótesis de partida. Sólo cuando se publican en la década de 1930 las obras de Ohlin y Haberler el asunto toma otro cariz, si bien la argumentación tenía un fondo clásico. El análisis de la renta da otras perspectivas distintas a la cuestión: la que nace de los efectos generadores de renta que poseen las corrientes comerciales, así como la que contempla el estado de madurez económica de los países desarrollados, concediendo a la inversión externa el papel de estimulante ayuda para el desarrollo material ante el acumulativo descenso de la eficacia marginal del capital en el fren-

¹⁴ Cfs. U. K. Hicks: «A la recherche de recettes publiques pour les pays insuffisamment développés», en *Revue de Science et de Législation Financières*, volumen XI, IV, enero 1952; págs. 1 y sigs.

te interno. Este último aspecto del problema reafirma el primitivo argumento marxista que, fijándose en la disparidad económica entre áreas atrasadas y adelantadas, imponía a estas últimas la transferencia de capitales para mantener su propia ventaja. De existir esta tendencia, Nurkse la cree favorable, pero, por desgracia, hay otros medios de salir de la situación de madurez que se hallan en la política fiscal y monetaria interior de los países adelantados y que no exigen la inversión exterior.

Una falta clara se nota en lo expuesto en este capítulo: la de una teoría de los movimientos de capital que, considerando a éste como un factor de producción, dirija la situación a su empleo en los países adelantados y atrasados, a las relaciones entre sus movimientos, el desarrollo de la población y las migraciones y a las formas técnicas en relación con el capital. Sólo fragmentarios escritos existen hoy —dice Nurkse— sobre tales cuestiones que han de ocupar la atención futura de los economistas.

Con el examen, algunos de los problemas que para país acreedor y deudor plantean el pago de intereses y devolución del principal se cierra el capítulo sin decepción para el lector, puesto que ya el autor había anunciado que nada había que esperar. Queda, sin embargo, la insatisfacción que inevitablemente se experimenta ante un vacío de la teoría, tan grande como este que existe en el análisis de los movimientos de capital y que quizás explica que un rabioso empirismo reine en este campo conjuntamente —¿será puro azar?— con la crisis de esta fuente de financiación del desarrollo.

• • •

Al estudio de la política interna de los países atrasados, en orden a la expansión de su oferta de capital, se dedican los capítulos V y VII. Porque si bien el autor los separa, por la índole de las cuestiones abordadas, es evidente que ambos desarrollan medidas que deben emanar de la política interior: medidas de política comercial y de política fiscal y monetaria.

Poca relación suscita la simple enunciación de los términos política comercial y formación de capital, pero, si se reflexiona, se comprobará en seguida la íntima unión de estos términos en la caldeada discusión arancelaria del siglo XIX, cuando el argumento de la industria naciente, arropado por intereses económicos de gran vitalidad, terminó por hacer la fortuna del arancel, la vista puesta en el horizonte de un mundo de competencia con desarrollo industrial. No pasó inadvertido a la fina percepción de algunos economistas la parte débil del argumento —tal el caso de Marshall¹⁵—, pero sus opiniones se silenciaron en el terreno apasio-

¹⁵ Cfr. G. HARRILLER: *El comercio internacional*. Ed. Labor, Barcelona, 1936; pág. 298.

nado de la acción. Nurkse —vista atrás en la experiencia y vista adelante en la política de desarrollo— vuelve sobre el tema con gran originalidad. «La protección a la industria naciente no ataca el problema esencial de la oferta de capitales... la creación de nuevas criaturas debe preceder a la protección a la infancia... la protección arancelaria de la industria naciente ha fracasado porque no ha creado el capital necesario para el desarrollo industrial» (página 105).

Sólo cuando la aplicación de capital corre paralela a la protección arancelaria cabe esperar el desarrollo económico. Pero, aun en tal caso, «es la aplicación de capital, no la protección aduanera, la que incrementa la Renta Nacional» (pág. 108); puesto que siempre habrá que deducir para calcular la ganancia neta de cualquier protección: el sacrificio resultante de los mayores precios y las producciones alternativas a las que renuncia por la asignación de recursos productivos que el arancel determina. Concluye Nurkse: «No me opongo a la protección a las industrias nacientes. Solamente dirijo mi atención al fenómeno previo: la creación de la industria naciente» (pág. 109).

Otra alternativa diversa de la política comercial es —en orden a promover la capitalización— actuar sobre la composición de la importación, desplazando, en ésta, los artículos de consumo y acrecentando los bienes capital importados. La simplicidad aparente de esta medida no es más que un espejismo, pues, eliminadas las dificultades derivadas de la *capacidad negociadora* de cada país sobre su volumen de comercio —que es eliminar casi todo, pues son irremontables muchas veces— queda el problema más profundo y no menos importante de analizar los efectos de esta alteración en la corriente real de bienes importados sobre la composición interna del gasto nacional. Y es fácil ver que si la cuota destinada al consumo permanece invariable, mientras el aprovisionamiento exterior de bienes disminuye, los precios se elevarán, supuesto el pleno empleo, no quedando aquí la situación, pues habrá que añadir los efectos secundarios causados por la complementariedad de los bienes de inversión importados que exigirán una mayor inversión total. La conclusión es obvia: sin política de inversión interna la variación en la estructura de la importación no puede tener otro efecto que el de la inflación de precios. El ataque a la composición de las importaciones —procurando el desplazamiento de los productos de lujo del conjunto de importaciones— es un esfuerzo que requiere complemento del ahorro interior y de la política de inversiones que evite el indeseable despilfarro interno de recursos, ya que, presionados los mismos por la demanda, se dedicarán con probabilidad a la producción interna de artículos superfluos sustitutivos de los importados.

Por lo expuesto hasta aquí de la obra de Nurkse, se habrá notado su trasfondo, que forma el motivo de todos sus capítulos, conjugado desde el peculiar ángulo de los varios problemas examinados: la *imprescindible necesidad del ahorro interno*. Es este el tronco vivo que sostiene las copiosas ramas del crecimiento material. Al análisis de este cimiento firme que es la política nacional de capitalización, se dedica el último capítulo: la acción en el frente interno.

El impulso productivo provocado por la adecuada aplicación de la inversión exterior o de la interior puede despilfarrarse o aprovecharse. Un método hay para lograr esta última finalidad: dirigir el desarrollo en la renta hacia el aumento en el ahorro.

Desplazamos aquí la cuestión al terreno verdaderamente problemático: ¿Cómo extraer el ahorro del aumento en la renta y cómo elevar en todo caso su valor absoluto?

Nurkse concede en este aspecto el papel de protagonista a la Hacienda Pública: «Creo que la Hacienda Pública ha de tomar un nuevo sentido frente al problema de la formación del capital en los países atrasados. Las complejidades técnicas de la Hacienda del Estado son grandes; solamente intentaré esbozar aquí algunas observaciones generales» (pág. 143).

Como ya indicó J. J. Spengler, la planificación económica de los países atrasados tiene como esencial motivación el fallo del sistema liberal para acumular capital. La planificación —de que se trata— no afecta a la libertad de consumo, sino a la elección entre consumo y ahorro. La imposición puede utilizarse en tal alternativa para forzar la cuota ahorrada. Como Nurkse indica (página 144), es interesante resaltar que el concepto de *ahorro forzoso* fué introducido en la literatura económica por J. Bentham para referirse —según probó cumplidamente Hayek— al impuesto por la política fiscal y al obligado por la inflación. Es evidente que por razones técnicas cuanto por motivos de estabilidad social y política es preferible el método fiscal de ahorro forzoso.

El logro de tal objetivo —la formación de capital— impone varias normas de conducta a la política financiera: 1.º Debe entenderse que no se trata de una política financiera clásica que, sustentando una actitud pasiva, ajuste su conducta al *canon de la inocuidad*. 2.º El fin de la política financiera es el desarrollo de la cuota de ahorro. El principio de la capacidad de pago no pierde su significado por tal razón; debe aplicarse en la imposición para colectar el ahorro social. Esta es la razón de la preferencia por el método del ahorro fiscal forzoso frente al ciego y errático del ahorro forzoso por inflación. 3.º La noción keynesiana de finanza funcional no es de interés al respecto. Su orientación peculiar: prevenir la deflación e inflación no ayuda a marcar la pauta adecuada para la formación de capital. La economía keynesiana es una herramienta *flexible* del análisis económico; su propio objetivo y estructura explican claramente el peligro del gasto excesivo para

una economía falta de capital y con superpoblación rural (características de los países atrasados).

Urge afirmar que el ahorro fiscal forzoso es plenamente compatible con la libertad de empresa. Son variables distintas las que condicionan la opción ahorro-consumo (hábitos sociales) y la decisión de invertir (capacidad de organización). Nurkse subraya intensamente este punto —crucial— de su argumentación (páginas 151-52).

El cuadro impositivo debe completarse con una adecuada política de gasto. Para Nurkse, la partida que debe preocupar más en un país en desarrollo es el «capital fijo social», cuya reducida existencia y obligado volumen absoluto impide la expansión de las inversiones privadas, creando otro círculo vicioso de efectos nefastos que es preciso romper.

Que el esbozo trazado de la política financiera no es una creación «académica e irreal» lo muestra la evolución de la economía japonesa entre 1870-80, en cuya década realizó su revolución industrial apoyándose en medidas semejantes a las apuntadas, y a las que, basándose en el trabajo de B. F. Johnston, Nurkse pasa apresurada revista, cerrando su obra.

• • •

Las conclusiones logradas sobre el comportamiento de la política interna son dignas de detenida meditación por los impulsivos planes de desarrollo que en años recientes, con un carácter quizá un tanto justificadamente agresivo, han emprendido los países atrasados como respuesta airada al comportamiento económico de los países industrialmente avanzados. Esta oposición entre la política económica de ambos grupos de países aún permanece, pese a las actuales intenciones internacionalistas —poco explícitas aun en hechos— en pro del desarrollo de los países atrasados.

La capitalización debe tomar de esta suerte, hoy al menos, un matiz marcadamente autárquico que desplaza, obligadamente, sobre la política interior de las áreas subdesarrolladas todo el peso de tan urgente y fundamental actividad. Surge en tal decisión un dilema importante porque son dos caminos diversos los que se abren a la acción política que persigue la formación de capital: protección arancelaria-inflación diversa del de política fiscal y comercial subsiguientes a un desarrollo del ahorro.

El reducido ritmo de crecimiento material logrado por las sociedades que han optado por la primera alternativa, de un lado, y de otro, su indeseable desequilibrio económico, muestran los efectos de la opción por esta ruta: atraso económico con injusticia social. Lo que hace y a veces impone, cuando el desequilibrio social provoca una revolución política, que deba ensayarse la otra al-

alternativa (política fiscal-comercial) de tanta dificultad administrativa, pero de tanto rendimiento económico y social.

Es —según creo— el mostrar la posibilidad, los medios y el modo de esta tarea interna, inaplazable y difícil, para las economías atrasadas, la razón por la que la obra de Ragnar Nurkse debe considerarse fundamental para la literatura y la planificación del desarrollo económico.

Como ha dicho M. Bronfenbrenner, podemos quejarnos de la limitación impuesta por Nurkse de analizar exclusivamente la perspectiva económica de los problemas del desarrollo¹⁶, pero es muy posible que la utilidad indudable de la obra derive de esta modestia en sus objetivos a la que sirve con una elegante y ejemplar economía de medios.

ENRIQUE FUENTES QUINTANA

HIGINIO PARÍS EGUILAZ: *Problemas de la expansión siderúrgica en España*. Instituto Sancho de Moncada. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1954, 137 páginas.

Una sola y única razón nos mueve a comentar la obra cuyo título encabeza estas líneas: el temor de que pueda tener alguna influencia en el terreno de la política económica. Esto implica un elevado grado de optimismo, ya que supone admitir la posibilidad de que un estudio, aunque tenga tan escaso valor como este, pueda tener repercusiones en dicho terreno.

Ante todo, una observación general sobre la «metodología» del ensayo: se pretende dar carácter científico a las «conclusiones», aplicando la *burda técnica* que consiste en ofrecer algunas tablas estadísticas intercaladas a una serie de observaciones personales subjetivas que carecen de validez.

En el capítulo V, titulado «El problema de los monopolios y la política de expansión», expone el autor la tesis de lo que, según él; «podiera llamarse monopolios expansivos y restrictivos». Parece ser que el argumento a favor de los monopolios «expansivos» es, sencillamente, el de las economías de la producción en gran escala, lo cual demuestra, sin lugar a dudas, que el autor no conoce, ni por asomos, el desarrollo moderno de la teoría de la

¹⁶ Como ya señaló G. HABERLER, en su discurso inaugural del coloquio sobre problemas del desarrollo celebrado en Santa Margharita (Italia): «es necesario sobrepasar los aspectos puramente económicos de la materia, pero al darla un más amplio horizonte es claro que las dificultades para entenderse son mayores». Cfs. *Bulletin International des Sciences Sociales*, vol. VI, número 2, cit. pág. 72.

competencia imperfecta. Siendo esto así, el problema que debería haber tratado es el de la determinación del tamaño óptimo de la empresa siderúrgica española. Claro está que el lector no encontrará en ninguna parte de la obra una demostración medio aceptable de que dicho tamaño óptimo haga imperativa la existencia de un «monopolio» en esta industria. Como decíamos antes, junto a argumentos tan manidos y de tan relativa validez como el de las economías de la producción en gran escala, se colocan unas tablas estadísticas, tomadas de fuentes directas y sin ninguna elaboración, que pueden hacer creer al lector poco cuidadoso que realmente se está tratando un problema que, en realidad, sólo se enuncia.

El segundo argumento que se emplea en favor del «monopolio» se refiere a los precios, y nos dice: «La reducción de los costes marginales (debida al mayor volumen de producción) hará que ese precio pueda ser menor que el precio de competencia». Ocurre en este caso lo mismo que señalamos más arriba: es inadmisibles enunciar una tesis de este tipo y luego calificar de «expansivo» al monopolio concreto de que se trata sin haber ofrecido una demostración concluyente de que en realidad sea esa la situación.

Consideraremos ahora los argumentos que el autor pretende presentar para demostrar que la situación monopolística de la industria siderúrgica española es «expansiva». Por lo que respecta al volumen de producción, tiene en cuenta la serie que va de 1913 a 1929, período durante el cual aumentó la producción hasta llegar a ser equivalente a 261 (base 1913. 100). Pretende con esto demostrar que no ha existido acción monopolística, dejándose en el tintero que desde 1929 a 1953 el volumen de producción de hierro sólo ha aumentado en un 3.3 por 100, y la de acero es inferior a la del primer año mencionado en un 12.4 por 100. Por consiguiente, si gracias a los datos de 1913 a 1929 se «demuestra el carácter expansivo del monopolio siderúrgico», gracias a los datos de 1929 a 1953 se «demostraría» también su carácter restrictivo.

El segundo argumento, el de los precios, se basa en algo aún más burdo: los índices de precios al por mayor de los productos industriales y el del lingote de hierro demuestran que el primero ha aumentado más que el último. Esto y una ridícula tabla sobre costes de producción (ridícula porque en realidad lo que se necesita es una completa contabilidad de costes, y aun con ella nada sabríamos de los costes marginales), son los dos «razonamientos» que pretenden demostrar el carácter expansivo del «monopolio» siderúrgico en el aspecto de los precios. Resultará evidente para cualquier lector medianamente informado que el aumento de los costes de los productos empleados en la manufactura de los artículos siderúrgicos nada nos dice sobre la diferencia entre precio y coste marginal, medida tradicional del grado de monopolio. Aún más: dado el aumento diferencial de los precios, cabría decir que lo único que ha ocurrido es que dicha diferencia entre precio y cos-

te ha tendido a disminuir, pero nunca es esto prueba de que no haya existido, y en todo caso comprueba que en el pasado ha sido mucho mayor que en la actualidad, con lo cual queda muy malparado el criterio del «monopolio expansivo», por lo que respecta a los precios.

Un comentario detallado de los errores de más bulto que pueden encontrarse en este libro es prácticamente imposible, ya que es raro el párrafo que no contiene alguno. Por otra parte, Félix de Aranguren ha tenido ya la paciencia benedictina que se necesita para llevarlo a cabo en «Notas al libro recientemente publicado por don Higinio París Eguilaz, y titulado Problemas de la expansión siderúrgica en España» (Separata sin fechar de *Minería y Metalurgia*). Señalaremos, no obstante, que este último autor acepta las opiniones de París respecto a la situación monopolística, lo cual constituye una verdadera paradoja, ya que siendo falsos los demás argumentos y las cifras utilizadas por París, como él mismo demuestra, ¿cómo puede explicarse que su conclusión más importante sea exacta?

Señalaremos, sin embargo, algunos de los errores de más bulto, para que el lector pueda tener una idea aún más exacta de la calidad de la obra. Se nos ofrece el argumento de que para consumir 1.100.000 toneladas de laminados de acero se necesitaría movilizar de 12 a 14.000 millones de pesetas, lo cual «no creemos que sea posible, dado el nivel de vida de nuestro país y la magnitud de la renta nacional». Si el autor ha demostrado no conocer la parte real de la teoría económica, ahora demuestra total ignorancia de la teoría monetaria, ya que no tiene en cuenta las características del proceso de formación de la renta y las relaciones de multiplicación y aceleración.

Hemos de volver a repetir antes de concluir esta nota que aquellos que creen que los problemas que presenta la organización monopolística de una industria se reducen al aspecto de los precios y del volumen de producción demuestran desconocer totalmente los mercados imperfectos. Se ha demostrado que aun en el caso de un monopolio que regalara su producto a los consumidores y produjera cantidades crecientes de los mismos pueden surgir repercusiones para el sistema económico y la política económica en muchos otros terrenos.

Las medidas que se recomiendan para hacer posible la expansión de la industria siderúrgica española son las que cabría esperar de un ensayo de este tipo: precios más altos, mayores facilidades fiscales, etc.: medidas estas que resultan tan justificadas y meditadas como las demás conclusiones de la obra.

CARLOS MUÑOZ LINARES

FRANCISCO CORTADA REUS: *Geografía económica de España*. Editorial Miguel Arimany, S. A. Barcelona, 1952; 419 páginas.

En la jerarquía de las Ciencias Económicas, la Geografía económica —mejor diríamos la estructura económica, según el concepto funcional más moderno— ocupa indudablemente un lugar destacado. Tiene dos fronteras netamente definidas; por un lado, la economía; por el otro, la geografía. No puede, pues, tratarse la disciplina sin enfocar simultáneamente las dos vertientes que presenta. Reconociendo que el marco geográfico juega en ella un papel de la mayor importancia es, a la vez, imposible desdeñar el influjo decisivo de las leyes económicas en cualquier estudio estructural. El libro de que nos vamos a ocupar adolece de este último defecto. Excelentemente tratado el aspecto puramente geográfico de la estructura económica española, falta en él el examen concreto de las implicaciones económicas. Y no es que sea difícil lograr el ensamblaje de las dos vertientes que antes citábamos, sino que resulta obligado hacer el análisis con mentalidad plena de economista. Acometer el estudio de la estructura económica de un país sin hacerlo como economista, aunque dicho estudio sea metódico y exhaustivo, notas que en gran parte reúne la *Geografía económica de España*, de Francisco Cortada Reus, es, en el mejor de los casos, lograr un texto que nos recuerda con un gran parecido aquellos libros escolares que conocimos con el nombre de «lecciones de cosas». Son estas geografías económicas textos en los que se encuentran referencias, más o menos extensas, a los atlas, al pavo broncado del Ampurdán o al titanio, pero en los que falta lo esencial: el funcionamiento coordinado del sistema económico. Este concepto de sistema en funcionamiento es el que mide realmente el contenido de la estructura económica de un país. Ninguno de los tratados españoles sobre la materia ha llegado a captar un sentido de la vida económica, estructural, de «sistema en funcionamiento», como el que concibió y desarrolló el profesor Perpiñá en su ensayo titulado *De economía hispana*, publicado en su versión original en lengua alemana hace ya veinte años en las páginas de la revista *Weltwirtschaftliches Archiv*, de la Universidad de Kiel, y, posteriormente (1936), como apéndice en castellano a la obra *El Comercio Internacional*, de Haberler, traducida por el mismo Perpiñá.

La obra de Perpiñá fué publicada de nuevo en 1952 siguiendo el mismo esquema pero actualizando las cifras e introduciendo un nuevo capítulo que no contenía la primera edición. Para este economista español la «estructura económica en su conjunto y en sus múltiples partes opera, vive, y su vivir es una continua mutación».

Otros textos de estructura económica en los cuales puede observarse un tratamiento que pudiéramos denominar «funcional», es decir, no dando solamente una visión estática de la economía es-

pañola. son, por su orden de aparición, los siguientes: la publicación de uso escolar en multicopista *Algunos problemas fundamentales de la economía española*, de Enrique Fuentes Quintana, en su curso 1948-49, explicado en el Seminario de Economía Política de la Facultad de Derecho de Madrid; la obra *España*, de Manuel Gutiérrez Barquín, que forma parte del libro *Estudios sobre la unidad económica de Europa*; publicado en 1953 por Espasa-Calpe, y, finalmente, las *Perspectivas de la economía española*, obra de Antonio Robert, editada en 1954 por el Instituto de Cultura Hispánica.

• • •

La Geografía económica de España de Cortada contiene una introducción dedicada a los factores naturales de la producción y seis partes en las que se estudian, respectivamente, divididos en capítulos, los siguientes aspectos: 1.º Perspectiva económica de las regiones españolas. 2.º Agricultura e industrias agrícolas. 3.º Bosques, ganadería y pesca. 4.º Minería y electricidad. 5.º Las industrias autónomas. 6.º Transporte, comercio y colonias.

El estudio de las condiciones físicas en que se desenvuelve la economía española es obligado para poder comprender muchas de las taras con que se enfrenta nuestro progreso económico: cosechas desfavorables influenciadas en gran medida por un clima adverso, dificultades en el suministro de energía eléctrica debidas a la escasa pluviosidad, coste elevado de los transportes interiores por la existencia de una orografía excesivamente quebrada, etc. Por eso, el factor físico o infraestructural debe constituir un motivo de seria atención en cualquier estudio de estructura económica, aunque generalmente no se tome en consideración con la importancia que requiere.

El autor, al incluirlo en su obra, no sólo examina dicho factor en la introducción, sino que también vuelve a proporcionar nuevas referencias de interés en la primera parte, es decir en la dedicada a la perspectiva económica de las regiones españolas, con lo que demuestra su acierto.

No parece adecuado, sin embargo, el tratamiento que concede Cortada Reus a la población. En un libro de 419 páginas, dedicar escasamente tres al problema de la población española e incluyéndolo entre los factores físicos, no es ningún éxito, aun cuando las menguadas consideraciones que ha podido hacer en tan corto espacio sean acertadas.

La parte referente a la agricultura, una de las más extensas de la obra, comprende un examen muy detallado de las diversas producciones agrícolas con un buen estudio del tema de los regadíos, que se ve completado al analizar por separado las diferentes regiones españolas. Para los tres productos agrícolas básicos en nuestro campo, el trigo, la vid y el olivo, existen en el libro de Cortada

capítulos bastante completos que se ven enriquecidos con tres excelentes mapas en colores, muy detallados, sobre la localización geográfica de dichos cultivos.

Las partes restantes de la obra que comentamos examinan prolijamente las diversas actividades productivas españolas. El capítulo dedicado al comercio exterior es, sin embargo, muy deficiente, pues no se entra en el estudio de los múltiples problemas que afectan a nuestro intercambio económico con el exterior, y la mejor prueba de que la obra de Cortada no se ha seguido con un riguroso criterio económico se halla en el olvido de la balanza de pagos, ya que sólo se considera la balanza comercial, sin hacer el menor comentario de ninguna otra partida de aquélla, ni siquiera de la correspondiente al turismo, la más visible dentro de las estadísticas españolas.

Se omiten, asimismo, en la *Geografía económica de España*, apartados tan importantes como los relativos al dinero y el crédito, la Hacienda Pública, el nivel de precios y la Renta Nacional, completamente necesarios para comprender la economía española.

Diremos, por último, que la impresión sacada de la lectura del libro de Cortada es la de que puede servir de obra útil para la consulta de un dato concreto, debido a su buena sistematización, pero, a la vez, nos hace pensar en la falta que se siente de día en día en nuestra literatura económica de un tratado completo sobre el funcionamiento pleno de la economía española.

Es preciso saber y conocer muchas. Así, por ejemplo, si se estudia la agricultura no hay que considerar tan sólo el efecto que tiene en la productividad el clima desfavorable, sino también los problemas del tamaño de las explotaciones agrícolas o del empleo de los abonos, etc. Si se habla de la siderurgia, no se trata solamente de escasez de mineral de hierro o de chatarra, o de la mala calidad del carbón, o de insuficiencia en el suministro de energía eléctrica; hay que saber también que el mercado siderúrgico funciona imperfectamente porque las empresas que detentan la producción actúan en régimen de monopolio, o, para ser más exactos, de oligopolio.

Saber cómo y cuánto se produce y la forma en que se distribuye y consume la producción obtenida debe ser la meta final del estudio de la estructura económica.

JUAN PLAZA PRIETO